

Dios que nunca me ha privado de un bien, sino para concederme otro más estimable, por ser de su eleccion! Habia yo deseado los goces de familia, y he encontrado aquí numerosos niños, cuya ternura y amor embellecen mi vejez. ¡Oh! cuando Dios sea servido de llamarme á sí, no quedará olvidado mi sepulcro, ellos vendrán á rogar por la que llaman su buena amiga.»

Calló la Srita. Raffet, y yo le dí las gracias con expresion por su deferencia, despidiéndome de ella bendiciendo al Señor, que ha dado á los hombres una religion tan bella y tan capaz de procurarles la verdadera felicidad.

¡Ojalá que nuestro reconocimiento fuera igual á sus dones, y que siguiéramos nosotras, querida Carolina, á ejemplo de esa piadosa señora, el camino que conduce al cielo, pues que solo en él tiene esperanzas de reunirse contigo, quien te ama tan de veras. Adios, me siento con ganas de predicar, y por temor de darte sueño, prefiero dejarte, suplicándote recibas las *buenas noches* de tu amiga

SOR TERESA.



CARTA XVI.

Burdeos.

Te estás dejando dominar mucho de la curiosidad, querida Carolina; me haces preguntas hasta cansar sobre la Srita. Raffet, y como yo no las puedo contestar, me veo obligada á recurrir á su amabilidad que nunca falta. Le han caido muy en gracia todas tus quejas por su silencio sobre la suerte de Melania, y te ha quedado muy agradecida por saber que ha conquistado tu corazon á la corta distancia de 150 leguas. En cambio, me ha encargado que te diga muchas cosas de su parte; pero como empiezo á tener algun celo de ese afecto, que podria muy bien hacer que me pusiera á mí en el segundo lugar de su lado ó del tuyo, me limitaré por hoy á referirte mi conversacion con ella. Entré y le dije:

«Señorita, otra vez Sor Teresa viene á molesta-

ros de cuenta de la susodicha Carolina de que ya le ha hablado otras veces, la cual quiere resueltamente saber lo que le sucedió á Melania. Perdonéme vd. que se la recuerde. ¿No sería dichosa? ¿No es verdad?... No podia serlo, teniendo que reprenderse siempre, su ingratitud y su traicion para con una amiga como vd.

«No, es cierto, no lo fué. Desde que se casó, mi recuerdo la atormentaba noche y dia; y aunque eran satisfechos todos sus deseos, y su marido la amaba, y se veía madre de dos encantadores niños, con todos esos elementos de felicidad, sin embargo, un dolor secreto iba minando su salud.

—¿Y murió?... la interrumpí.

—Sí, el mismo año que Alberto. Me escribió en sus últimos dias, suplicándome que fuera á verla, y le diera una vez más la seguridad de que le habia perdonado su conducta pasada. «No moriré tranquila, me decia, si no te vuelvo á ver y me das el beso de paz.»

—¿Y fué vd. á cerrarle los ojos?—

¡Ay! no; mi hermano tambien estaba muy grave ya en esos dias; pero le escribí á la pobre Melania, que en cuanto me fuera posible, volaria á sus brazos. Su fin prematuro, que precedió al de mi hermano, me libró de esa promesa. Sí, le con-

fieso á vd., que me hubiera costado mucho ese paso; pero estaba decidida á hacerlo, porque lo consideraba yo como un deber de caridad.

Y despues no ha vuelto vd. á saber de sus hijas y de su marido?

¡Qué curiosa es vd., Sor Teresa! replicó sonriendo.

¡Nada de eso! todo es por encargo de Carolina.

Entónces, por el motivo que la hace obrar, voy á referirle un hecho que he ocultado aun á la Madre Superiora; creo que no se lo contará vd., á lo ménos yo se lo digo con esa condicion.

No tenga vd. cuidado, puede vd. hablar.

Hacia como tres años que me habia establecido aquí; ya tenia abierta mi escolita, y la adhesion de mis queridos niños me comenzaba á indemnizar con ventaja de las penas y fatigas que cuesta, sobre todo al principio, toda cosa nueva, cuando un dia, paseándome en la tarde por el campo, ví de léjos en el camino un carruaje volcado. Corrí al lugar de la avería para ofrecer, si era necesario, un asilo á los viajeros que les habia pasado ese accidente; y lo primero que se me presentó, fué una pobrecita niña, muy hermosa, que su padre todavía de buena edad, pero con la cabeza encanecida, llevaba desmayada en los brazos; se dirigia á

gran prisa al pueblo con su preciosa carga, dejando al cochero y á otro criado el cuidado de levantar y amarrar como pudieran el coche roto. Comprendí desde luego que se habia lastimado su hija, y sin perder tiempo en inútiles palabras de cortesía, lo alcancé y le supliqué que pasase á mi casa, donde se le daría á la enfermita la asistencia más esmerada. Me dió las gracias con educacion, y me siguió sin hacerse del rogar. Distábamos poco de la casa; y mi primer cuidado al llegar, fué mandar por el médico del lugar, hombre muy hábil, y mientras de que llegaba, hice poner á la niña en mi misma cama. En seguida, le dí á oler algunos cordiales, que la volvieron poco á poco á la vida. Su primer mirada fué á su padre, á quien le tendió una mano diciéndole con una expresion de sensibilidad que me hizo derramar lágrimas: «¡Pobre de mi papá! consuélate, no me moriré; nuestro buen Dios que te ha quitado á mi mamá y á mi hermana, te dejará á tu hija Eugenia..... ¡Oh! no llores, papá, no tengo más que un dolor en la pier-
na.....»

Con razon, la inocente la tenia rota. Sin embargo, durante la dolorosa operacion que requeria el caso, no se le escapó un solo grito; se conformó con algunos quejidos sofocados, mil veces más des-

garradores que los lloros y los gritos que reprimia por un motivo sublime de amor filial.

Yo la habia estado sosteniendo mientras que el médico acomodaba el miembro fracturado; habia ayudado á ponerla con suavidad en una cama preparada prontamente al lado de la mia. Cuando estuvo todo arreglado del modo conveniente, me llamó, y abrazándome, me dijo muy bajo para que no lo oyera su padre: ¡Oh! qué buena es vd! Cuánto le agradezco todo; creí por un momento que era mi buena mamá la que me tenia.....» Las lágrimas brillaron en sus ojos, las enjugó con la mano, y tomando un aire de contento, hizo venir á su padre, que hacia algun rato estaba como absorto mirando un retrato muy parecido de Alberto.

Señor, le dije sin mostrar que notaba preocupacion; ¿no responde vd. á su hijita que lo llama para darle un abrazo?

A mi voz, pareció salir de un sueño; me miró, se estremeció, se puso pálido como un muerto, sin contestarme y sin hacer el menor movimiento. Por mi parte, hallé en las facciones de aquel desconocido, ciertos rasgos que la ausencia no habia borrado enteramente de mi memoria, y exclamé subyugada por la emocion y la sorpresa:

¡El Sr. Devigne!...

—«Ella es!... no hay duda.... exclamó cubriéndose el rostro con las manos.

¡Ah! perdon, mil y mil veces perdon por haber presentado á sus miradas, un sér que vd. debe despreciar y aborrecer....»

Pronto me repuse de mi emocion. Le hice seña de que se callara por consideracion á su hija que, inquieta por su agitacion, parecia que iba á prorumpir en llanto; me comprendió, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se dominó, se acercó á ella, y le dijo abrazándola: «Eugenia, hija mia, da gracias á Dios por habernos traído á la casa de la mejor amiga de tu pobre mamá, de un ángel á quien quiero que veas como á tu segunda madre, de aquella buena Paulina, en fin, cuyo nombre te hemos enseñado á bendecir y á no pronunciarlo jamás sino con respeto y amor....!»

¡Qué felicidad! dijo la amable niña tendiéndome los brazos. ¡Qué felicidad! ¡Cuánto la he de querer! Sí, es buena, buena como vd., papá, buena como lo era.....

Se detuvo; el nombre de su madre espiró en sus labios, con un profundo suspiro.

Mi querida Eugenia, aunque muy chica entón-ces, prometia ya ser algun dia lo que ha sido des-

pues: una mujer completa, con el corazon más noble y mejor que pueda uno hallar.

Diré á vd. por abreviar, que en la conversacion que tuve despues con Fernando, y que se prolongó hasta muy entrada la noche, me dió los detalles más circunstanciados sobre la muerte de Melania, que, víctima de una profunda melancolía que no pudieron disipar ni sus esfuerzos ni las inocentes caricias de sus hijas, exhaló el último suspiro despues de decir estas dos palabras: ¡Paulina! perdóname!.... su hija segunda la siguió muy en breve al sepulcro.

Habiendo resentido mucho la salud del Sr. Devigne con esos pesares, le aconsejaron los médicos que viajase para distraerse. Pero el pensamiento de tener que separarse de su Eugenia, le habia hecho diferir este proyecto, hasta que el temor de dejarla huérfana, lo habia decidido á desprenderse de ella por algun tiempo, confiándola entretanto al cuidado de las religiosas que habian educado á su madre. Al conducirla á Burdeos con ese objeto, y casi al llegar al término de su viaje, fué cuando se volcó el coche, y Dios permitió que ese funesto accidente fuese para mí el origen de los goces más dulces.

Me anticipé á los deseos de Fernando, ofre-

ciéndole encargarme de la educacion de su hija, lo que aceptó con gusto y reconocimiento, pues era un favor segun decia (son sus mismas expresiones), que jamás se hubiera atrevido á esperar.

Algunos dias despues, siendo muy satisfactorio el estado de Eugenia, partió despues de haberla abrazado y recomendádole que me viese en lo de adelante como á su madre adoptiva. Desde entónces procuré cumplir todos los deberes de ese cargo respecto de una niña tan amable. Pero ¡ah! su ternura, su amor me han pagado sobradamente mis penas; y cuando su matrimonio nos ha separado, he recibido la única recompensa que deseaba, la de oírla citar como un modelo de gracias, de amabilidad, de virtud, de beneficencia y de piedad.

—¡Oh! qué gusto tendria en conocerla, exclamé, estoy cierta de que la querria, porque la discipula se ha de parecer á la maestra....

—No sea vd. aduadora, interrumpió ella; vd. la ama sin esa recomendacion y la conoce perfectamente.

—¿De veras?

—Sí, — es la Sra. Leuplan.

—¡Oh! cómo no lo habia yo adivinado! exacta-

mente, su corazon está calcado del vuestro, y con una poca de penetracion, habria yo reconocido que era hechura de vd. Pero, por favor, ¿por qué no vive vd. con ella?

—En primer lugar, no estoy léjos; viene ella todas las semanas á pasar un dia conmigo, me franquea su corazon, me pide consejos, y no se despi-de sino prometiéndome volver muy pronto. —Además, el Sr. Leuplan me ha dado su palabra de honor de no dejar á Burdeos; miétras que yo viva, tiene que habitar allí, y cuando llegue mi hora suprema, su mujer me cerrará los ojos. Así, aun suponiendo que acontecimientos imprevistos privasen al Sr. Leuplan de la alta posicion que ocupa, lo que es Eugenia no me será quitada. En cuanto á volver y establecerme con ella, jamás lo debí ni aun pensar: ¿podria yo, en conciencia, abandonar todos los hijos que tengo aquí, por seguir uno solo? Nó, Dios me habria castigado por esa preferencia; por otra parte, ¿qué, á mi edad, se vuelve á un mundo que se abandonó desde la juventud?

—No hay modo de desaprobár su conducta. Pero por último, permítame vd. una pregunta: si es imprudente, no me la conteste; no me he de enojar por eso.—

—Vamos, ¿cuál? quizá quiere vd. saber si el Sr. Devigne ha tenido una vez dichosa.

No, no es eso, porque aunque no sabia yo quien era, me ha bastado verlo en casa de su hija, presenciando el gusto con que lo reciben sus nietos, y la alegría que se refleja en su semblante, para convencerme de que es tan feliz como es posible aquí abajo; pero.....

—Diga vd.—

—Siempre no me atrevo.—

—Vaya, replicó: todavía me tiene vd. cortada....

—No, sino que me parece que debo mejor imponer silencio á mi curiosidad.....

Con todo.... no; lo que queria yo que me dijera vd., era si el Sr. Devigne no le ha vuelto á decir á vd. nada sobre casamiento.

Le dió tanta risa, que no pude ménos que imitarla; y luego me dijo con seriedad: «Cuando volví á ver á Fernando, ya me habia yo consagrado á Dios sin reserva, de lo que no le hice un misterio: él mismo habia sufrido amargos pesares, que maduraron su razon y encanecido su cabeza, con lo que creo que ni aun tuvo semejante pensamiento. Me ofreció todo lo que la prudencia permitia, una amistad sincera y fiel, y yo le correspondí con la

mia. Nos vemos con frecuencia y siempre con gusto, felicitándonos de haber cambiado un sentimiento tan pasajero como violento, por un afecto tanto más duradero, cuanto que trabajamos cada uno por nuestra parte en hacerlo eterno.

Muy bien, le dije al levantarme, Dios le ha probado á vd. que deseoso de su amor, ha querido poseerlo por completo, y vd. se ha apresurado á responder á su llamamiento: ha hecho vd. muy bien, hay ciertas almas que no están hechas para afectos terrenos.”

¿Sabes, querida Carolina, lo que se atrevió á contestarme? “¡Ah! Sor Teresa, vd. ha querido hacer mi retrato, y acaba de dibujar el de vd. misma.”

Tiene respuestas para todo la Srita. Baffet. Concluyo, pues; solo te cuento su original ocurrencia, para que veas que no es tan buena como á veces te digo. Adios, agrádeme lo largo de esta carta; pero en lo de adelante ya no te escribiré sino unas cuantas líneas bien contadas.—Tu amiga.

SOR TERESA.

CARTA XVII.

Burdeos.

No creía yo ser también profeta, querida Carolina, cuando en mi última carta te amenazaba con ser muy lacónica; ahora es preciso hacerlo así, te escribo de prisa, porque apenas estoy convalesciente de una enfermedad que por poco me arrebató á tu amistad. Las oraciones y el cuidado de mis hermanas me han salvado, y no he sentido mucho verme volver á la vida, pues estoy muy lejos de creer haber merecido ya esa corona que nos espera en el cielo.

Lo que me aflige en estos momentos, es la orden formal del médico, de que me manden á pasar el estío en el campo. ¡Qué crueldad! ¡No sabe que con eso destroza mi corazón? ¡Ay! Carolina, qué débil y qué miserable es este po-

bre corazón!.... Lloro al pensar que me voy á separar de mi amada y respetada superiora, de Sor Victoria, cuya sola mirada me hace fáciles los deberes más penosos; de mis otras compañeras tan buenas, tan indulgentes conmigo; en fin, de la Srta. Raffet, á quien quiero tanto; de la amable Sra. Leuplan, de tu prima Aurelia, que ha tenido mucho pesar al saber la sentencia que me aleja de aquí.... Y mi Cura..... mi buen Cura, ¿quién lo reemplazará? ¡Ay de mí! quién sabe si no volveré á ver nunca esta santa casa, cuyo recuerdo conservaré como uno de los más dulces de mi vida? ¡Ay! no te escandalices de mis lágrimas, Carolina; aunque veas que las derramo con abundancia, no he murmurado contra la voluntad de Dios, y espero me concederá Su Magestad la gracia de no hacerlo jamás; al contrario, me conformaré con ella, si no con alegría, á lo ménos con paciencia, resignacion y amor.

En fin, adios; Sor Magdalena me manda que concluya por temor de que me fatigue demasiado.—Tu amiga.

SOR TERESA.

CARTA XVIII.

F.***

El juéves pasado, querida Carolina, fué cuando se ejecutó la sentencia de mi cruel médico, que tuvo valor de venir á presidir en persona semejante acto. Figúrate, pues, que me hizo envolver en una gran colcha, en seguida que me cargaran y metieran en un coche bien cerrado, y por último, se empeñó en acompañarme hasta la salida de la ciudad. Sor Victoria me trajo hasta aquí; sería largo contarte todas las recomendaciones que le hizo para que en el camino no me fuera á dar un aire, ó quedara expuesta al frio; tampoco te podría decir los frascos de jarabe, de éter, etc., que le dejó, para que me diera segun las circunstancias. Omitiendo todo esto por no fastidiarte, solo te diré que á pesar del sentimiento que me causaba el

que me hubiera desterrado de Burdeos, hizo tales cosas, que no pude ménos que darle las gracias con las lágrimas en los ojos, al despedirme, por el vivo interes que tenia por mí, y de que me habia dado pruebas tan tiernas y tan multiplicadas.

En fin, ya me tienes establecida á diez leguas de Burdeos, en un pueblo bastante grande, y que es tal vez el más pintoresco de este bello país, pero donde no encuentro nada de lo que he dejado en la ciudad.

El Cura de aquí es un santo, como hay pocos, pero tan viejo y tan enfermo que no lo veo sino pocas veces en la Iglesia. La Superiora, Sor Clotilde, es sin duda muy buena para conmigo; con todo, tiene un carácter tan grave, tan frio, que dudo poder acostumbrarme á él; y lo tendré que hacer indispensablemente. ¡Ay! Carolina, estas mudanzas nuestras de una casa á otra, es lo que se hace más penoso y difícil en nuestro santo estado; hasta ahora, es lo que me ha costado más; y en esas circunstancias es cuando hallo alguna dificultad en decir sinceramente y con todo el corazón: “Señor, que se haga tu voluntad y no la mia.”

No te hablaria de mis nuevas compañeras, que todavía apenas conozco, si una de ellas, que está siempre de buen humor, no llevara tu nombre; la queria yo solo por esa razon, aunque no debiera yo amarla como á mi hermana. Cualquiera la creeria todavía una niña, pero ha hecho ya sus votos; visita á los enfermos en sus casas, y cuando yo me establezca, me dicen que me han de poner á acompañarla. ¡Ay! está resuelto que no he de volver á Burdeos; Sor Victoria me lo ha dicho al irse. Ese hipócrita de médico no fué más que como el órgano aparente de la Superiora general, por cuya orden he sido trasladada aquí, donde debo acostumbrarme á otra clase de trabajos.

Comprenderás fácilmente, que para ganar el ánimo y la confianza de nuestros campesinos, es preciso amar lo que ellos aman, interesarse por lo que ellos se interesan, y hablar con ellos de sus campos, de sus siembras, de sus cosechas, de sus vacas, de sus carneros, etc. ¿Cómo lo podré yo hacer que no sé ni cómo se planta una col? Sor Carolina, á quien le hice esta misma pregunta, me dice que ella se encarga de esa parte de mi educacion; debe hacer provision de mucha paciencia. Ella se ríe de

mi incredulidad, y me asegura que á los pocos dias de tratar á estas buenas gentes del campo, hallaré tanto gusto, que no los querré dejar voluntariamente por volver á Burdeos. Se me hace difícil, pero veremos. Me dice que he de hallar en ellos aquella fé sencilla y pura, aquella caridad heróica; en fin, todas aquellas virtudes que florecian entre los cristianos de la primitiva Iglesia. Ese cuadro es seductor, mas quién sabe si será exagerado.

Miéntras tanto, mis fuerzas van aumentando de dia en dia, y si así sigo, muy pronto podré volver á seguir mi práctica de medicina, en la que te diré que estoy muy adelantada; mis maestras no desesperan de que llegue á obtener el grado de Doctor; tal vez me espera un sillón en la Academia de las Ciencias.... cuyo honor tendré que declinar, pues parece que nuestro bienaventurado Padre San Vicente no previó ese caso en las constituciones que nos dió; y en la duda, lo más seguro es que renuncie á tan alto puesto; pero á lo que no renunciaré nunca, querida Carolina, es á tu cariño y al título de tu amiga. Como mi nueva superiora no me ha desbautizado, sigo firmandome

SOR TERESA.